

DESNUDO HASTA LAS VENAS

... Y dicen que Dios dijo no ser bueno que el hombre permaneciera solo, mas solo, entre las piedras enmohecidas por años de penumbra, me encuentro bebiendo a sorbos lentos el cáliz de tu ausencia.

¡Cuánta vida daría por poder recobrar-te!

Tiempo atrás, habitamos regiones inconcretas de gozos y dolores.

Tiempo atrás, siempre juntos, recorrimos trigales entre risas inquietas, pregonamos amores bajo soles dorados y anduvimos por trochas empapadas de niebla.

Entonces, no quisimos, o tal vez no hizo falta, saber si el diccionario contenía, en el sepia de sus hojas antiguas, términos tan abstractos cual *soledad*, palabra completamente hueca e inútil para quienes íbamos, codo a codo, doblando las esquinas de un barrio de promesas, mas, como un torbellino voraz que te tragara, aquel tren sin destino se te llevó y me restan blancas sillas vacías en la sombra del porche, tu ropa en el armario, la angustia de la espera y un reloj sin agujas que se burla del tiempo.

Ya me he quedado solo, desnudo hasta las venas.

Corro a sentarme donde tú solías sentarte, a hacer reclinar donde la tuya mi cabeza y a descansar mi brazo donde tu brazo estaba: es el frágil consuelo tras tu huída sin huellas.

Fuera de tu recuerdo me quiebro como un gozne
cubierto por la herrumbre de mi existencia yerma,
pero si te conservo, tal como te conservo,
tan viva en la memoria, se va, por azoteas
de desamor, la vida y el dolor me estrangula
con manos sarmentosas las esperanzas ciegas.

Todo se desvanece sobre el triste pabalo
de soledad tan triste que, siendo compañera
única y silenciosa, cada día parece
pretender invadirme, como mortal gangrena,
por todos los resquicios del corazón cansado.

Nos pasaron los años sin darnos cuenta
y tú, nuevo Odiseo femenino, marchaste
en busca de tu Troya, mas tengo la certeza
de que ya es imposible el retorno a la Ítaca
de un amor extinguido y, así, tu olor a hierba
fresca y recién cortada no inunda despertares
con juegos verdeazules de miradas traviesas
y temblores de besos en nuestros labios húmedos.

La soledad se adhiere a mi piel como la hiedra.

La soledad me lanza terribles dentelladas
y zarpazos terribles de legendaria fiera.

La soledad me tiene sumido en el silencio
más profundo y estéril, que nada ya me queda
por hablar si no tengo quien me escuche como antes
tu escuchabas rumores tímidos de arboleda
cuando yo iba engarzando palabras en tu cuello
con lentitud precisa y con precisas urgencias.

La soledad me sirve sólo para estar solo,
y digan lo contrario quienes decirlo quieran,
que no han de convencerme con extrañas teorías
aquéllos que no saben a qué sabe la pena
de despertar sin alguien respirando a su lado,
poner únicamente un cubierto en la mesa,
regresar por las noches a una casa con nadie
y dormirse abrazados a la nada: si intentan
explicarme que tengo ventajas escondidas,
les gritaré con voces rotundas de tormenta
que podrían ahorrarse tantas frases absurdas
huérfanas de sentido.

Es posible que sea
verdad que hay otros mundos pero se hallan en éste,
y este mi mundo tiene sórdidas callejuelas
en las que es imposible vivir con alegría,
en las que la alegría, cual pájaro, se estrella
contra recios cristales de inútiles balcones
cerrados como conchas a sus alas inquietas.

No puedo amarla porque la soledad me impide
acercarme a tu orilla lo mismo que se acercan
a las playas las olas, y llenar con mis labios
los tuyos de ansiedades sin freno porque sientas
mi aliento en tu garganta, y disfrutar posando
palomas de mis manos en brocal de caderas,
y officiar la liturgia solemne de los sexos.

Ignoro si has notado, como yo, en las desérticas
y duras dunas, esta insufrible angustia.

¿Dónde te hallas ahora, en una ciudad cualquiera
invadida por humos y cadáveres vivos

o en aquel pueblo donde tu casa solariega
te esperaba la noche de aquel viaje de otoño?

¿Vives sola intentando, como una herida cierva,
ocultar costurones de sal en la epidermis
de tu existir o gozas de firme amor sin grietas?

Mientras, mujer, desde esta soledad infinita
que, al partir, me dejaste como una triste herencia,
busco la errante torre de los sueños errantes
sin encontrarla nunca y, así, ya no me queda
sino un triste refugio dentro del ancho puerto
de los versos, sabiendo de siempre que un poema
(un poema es un truco, es un don o es un milagro)
salva a quienes lo escuchan y al que escribe condena,
pero yo lo compongo con rimas de nostalgia
por si fuera posible que, alguna vez, lo leas...

AUTOR: D. JESUS MARTÍNEZ MIRA
CARTAGENA (MURCIA)

XXIII CERTAMEN POÉTICO INTERNACIONAL
AÑO 2007
2^{er} PREMIO